

TONTAINA

Juan Pablo Gázquez



TONTAINA

Juan Pablo Gázquez

Tontaina

Primera edición: 2020

Colección: Alas de Lagartija

Producción:

Secretaría de Cultura

Coordinación Nacional de Desarrollo

Cultural Infantil-Alas y Raíces

© Por los textos: Juan Pablo Hernández Gázquez

© Por la ilustración de portada: Patricio Ortiz González

Diseño de la colección: Frida Solano Martínez

D.R. © 2020 de la presente edición:

Secretaría de Cultura / Coordinación Nacional de Desarrollo
Cultural Infantil-Alas y Raíces

Paseo de la Reforma 175, piso 5, Col. Cuauhtémoc, Alcaldía
Cuauhtémoc, C.P. 06500, Ciudad de México

www.cultura.gob.mx

www.alasyraices.gob.mx

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad de la Coordinación Nacional de Desarrollo Cultural Infantil-Alas y Raíces de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin la previa autorización por escrito de la Secretaría de Cultura / Coordinación Nacional de Desarrollo Cultural Infantil-Alas y Raíces.

Patricio Ortiz González, beneficiario del Sistema Nacional de Creadores de Arte emisión 2019, realizó la ilustración de portada en cumplimiento a sus compromisos con el Programa de Interacción Cultural y Social (PICS) del Fonca (Sistema de apoyos a la creación y a proyectos culturales).

ISBN: 978-607-631-088-5

ISBN de la colección: 978-607-631-085-4

Impreso y hecho en México



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

DIRECCIÓN GENERAL
VINCULACIÓN CULTURAL

alas  **raíces**

 **FONCA**

TONTAINA

Juan Pablo Gázquez

A la Torp



1

Quienes estamos tocados por la llama de la sabiduría tenemos claro que en el mundo no hay otra fecha más trascendental que el día de tu cumpleaños. Ni el día de Navidad, ni el descubrimiento de América, ni la Revolución, ni todos los días de vacaciones habidos y por haber por mar y por tierra de aquí a China, se le comparan ni de cerquita. El día de tu cumpleaños es un día en el que todo el mundo, la inmensidad y el cielo, existen única y exclusivamente para ti, un día en el que eres el rey universal y monarca galáctico de toda la casa, la cuadra y la colonia. Quien diga otra cosa no sabe un chucrut.

Sobre todo, los cumpleaños son importantes por una razón que no suele notar la mayoría de las personas, que por lo general está en Babia. Pero yo sé la verdad, y es ésta:

Si el día de tu aniversario te quedas bien bien callado, sin respirar hasta casi ponerte cobardemente morado, llega un momento en que puedes escuchar los árboles, el nuberío, las estrellas e incluso las piedras, contando muy bajito secretos de lo más interesantes. Por ejemplo, pueden contarte cómo atrapar la luna en el reflejo de un charco; o cómo ver la infancia de tus papás a través del ojo de una cerradura de la casa; o decirte cuál de las sartenes de la cocina sirve para resolver problemas matemáticos...

El resto del año podemos ser unos anónimos vulgares y hasta puede que reprobemos geometría descaradamente, pero no importa porque sabemos que si esperamos lo suficiente volveremos a ser dueños de ese día fenomenal el año siguiente.

De entre todos los billonmiles de tropecientos cumpleaños que hay en el universo cada año, pues, el más importante tenía que pasar el 25 de junio, porque es cuando toca el mío y cuando todo el planeta se rinde a mis pies: especialmente mi mamá, que me hace natillas y sopa de mariscos.

Pero como me da un miedo brutal la idea de que si yo dejara de celebrar los cumpleaños ajenos quizás los ajenos no se acuerden de celebrar los míos, pues trato de anotar en la solapa del libro de Formación cívica y ética, con fecha y todo, cuándo cumplen todos los miembros de mi familia (cuando vivía Fanora, nuestra perra, anotaba su fecha en el de Ciencias Naturales, obvio) y procuro celebrárselos siempre a lo grande para que ellos, por su parte, estén bien preparados con platillo y bombo para cuando toque el mío.

Esta mañana, al sacar el libro para la clase me di cuenta de que el siguiente en la lista era el cumpleaños de mi papá. ¡Y nada menos que su vetusto cumpleaños cuarenta! Mi papá llevaba ya un buen tiempo sufriendo anticipadamente su famosa crisis de los cuarenta, así que la cosa parecía aún mucho más digna de celebración.

¿Pero qué regalarle? No se me ocurría nada. El problema es que tener un padre que no ha entrado a la modernidad complica siempre las cosas. Mi papá ya tenía tantos libros y tantos pinceles que no servía de nada regalarle uno más. Además, a mi papá los regalos que uno va y compra, con su vulgar dinero a cualquier vulgar sucursal de cualquier vulgar tienda (los “vulgares” son palabras de él), no le hacen tanta ilusión como los que se nos ocurre inventar a mí y a mi hermana con nuestro indiscutible carisma de genios. Pero se ve que no estaba muy inspirado y que mis grandes creaciones se estaban guardando para luego. Por suerte, un evento inesperado me hizo pensar en el mejor de los regalos:

A la salida de la escuela, el lunes, encontramos el suelo de la cocina hecho un desastre de polvo blanco considerablemente regado por todas partes. Mi madre se convenció de que en la casa había ratones porque una bolsa de harina estaba roída y, horrorizándose con gran talento, compró siete ratoneras para cazar al bicho. Mi hermana y yo, que podríamos ser los dos primeros ministros de todas las sociedades protectoras de animales, hicimos una manifestación por toda la casa, con cacerolas, cacharros y carteles pintados, cubriendo de contaminación sonora desde la cocina hasta la estratosfera. Después de mucho negociar, convencimos a mamá para que comprara tres jaulas con puertas que se cierran solas, una maravilla de la técnica que deja vivos a los ratones, para luego ir a soltarlos por ahí y que se metan a otra casa que no sea la de uno.

Esa misma noche supe que lo que vivía en nuestra cocina no eran ratones, sino un basilisco atraído por el olor de la comida de mi madre, que es la más grande artista de la gastronomía universal.

Lo supe porque por la noche oí rasca que te rasca en la cocina, y en el suelo de cerámica, entre la nueva harina regada que tanto enfurecía a mamá, descubrí rastros de polvo plateado que brillaban sólo bajo la luna llena, como sólo pasa con el polvo que cae de las alas de un basilisco. Aunque a juzgar por las huellas sobre la harina, sería como mucho un mini-basilisco, ¿qué mejor regalo que ése para ofrecer a mi papá y festejar así su crisis?

Puse mantequilla de cacahuete como cebo en las trampas, pero ni eso ni las dos noches en vela que pasé escondiéndome tras la lavadora sirvieron un chucrut. Tampoco dio resultado dejar uno de los huevos del súper en mitad de la cocina (porque yo sabía de buena fuente que cuando un basilisco empolla un huevo de gallina, entonces de éste nace otro basilisco, y se me ocurría que podía darle uno a papá y quedarme otro yo, o hasta empezar una granja basilisca).

Mi madre es la mujer más sedienta del continente y esa noche la sed le vino peor que nunca. Al bajar a la cocina a servirse un vaso de agua, atinó a pisar el huevo y casi se rompió una pierna. Tan casi, que me prohibió volver a tocar un cartón de huevos en lo que me queda de existencia mortal si ella no estaba presente a un metro de distancia de mí para poder estrangularme. Por más que uno sea el brillo luminoso de la inteligencia humana, un basilisco es un basilisco y es muy pero muy difícil de atrapar. No me quedó más que resignarme y empezar a pensar en otro regalo.

2

Como he dicho antes, lo que pasa es que esa semana yo tenía la inspiración muy discreta y bastante enfermiza, e igual que mi papá, tenía una crisis, sólo que la suya era de los cuarenta y la mía artística para pensar en regalos. Como medida desesperada, se me ocurrió hacerle una acuarela del fondo del mar, porque debo reconocer que la mayoría de mis creaciones atravesaban una etapa pronunciadamente marítima. Mi padre es arquitecto, pero su verdadera vocación es la pintura, así que las obras de arte que producimos mi hermana y yo le causan bastante deleite. Tiene la mitad del clóset atiborrada con nuestras creaciones maestras. Pero les digo que mi talento se había ido de vacaciones a las Bermudas y nada me salía bien. Quizá fuera que tenía un hambre delincuente, porque mis tiburones, delfines y mantarrayas parecían en conjunto el cartel de cualquier vulgar salchichonería, y la escafandra de mi buzo una aceituna rellena de pimienta roja...

Llegó la mañana del jueves, quedaban dos días para la gran fecha y yo estaba ya en aparente estado de desesperación. Entonces fue cuando vino mi hermana con su idea.

Lo primero que uno ve cuando se fija en mi hermana es que tiene dos ojos gigantescos y severos, dos piernas laaaargas, laaargas como postes de luz, y en medio lo que queda del resto de su cuerpo, pues, es bastante pequeño. En resumen, algo bastante deforme, aunque nuestras tías y el resto de las visitas sean clementes y digan que ha salido muy guapa.

Esa mañana mi hermana me miraba muy serenamente, como hace siempre que espera algo de mí.

—Tenemos que hablar, Tontaina.

Yo me estaba vistiendo para la escuela y puse tal cara de sospecha que elegí mal los calcetines y acabé el día con uno de cada color. Pero, entonces, ella había cerrado la puerta del cuarto y esperaba a que el pasillo estuviera en completo silencio.

—El sábado es el cumpleaños de papá. ¿Te acordabas?

La miré indignado. ¡Claro que me acordaba! En cambio me extrañaba que ella se acordara. A ella no parecía importarle mucho ni su propio cumpleaños. Lo único que pasaba en su cumpleaños era que nos peleábamos por nuestra naturaleza opuesta, porque ella es del signo Escorpión y yo del de Cáncer.

Decía que tenía bajo su poder hipnótico a todos los alacranes del hemisferio y yo de eso no tenía ninguna duda, porque una vez que salió arrastrándose uno desde detrás de un cojín, mi hermana se acercó con una calma sospechosa y le gritó:

—¡Quieto, súbdito! —luego sopló sobre el bicho y éste quedó instantáneamente paralizado hasta que la zapatilla de macramé de mi madre, que venía volando desde el otro lado a través de la sala, lo esparció en astillas bastante asquerosas por toda la pared. Si hubieran hecho a un lado a David y puesto a mi mamá con su zapatilla de macramé contra Goliath, yo creo que lo mata igual. En aquella ocasión mi hermana le organizó un bonito funeral al alacrán porque, según me dijo, ésa era la obligación que le correspondía por ser La Gran Madame de los Escorpiones.

—¡Sé perfectamente cuándo cumple años papá! —le aclaré, rezongando.

—Bueno, Tontaina, si estás tan enterado imagino que ya se te ocurrió algo para su regalo...

—Todavía estoy pensando —mentí ofendido y oculté mi salchichonería marina que había quedado a la vista sobre la cómoda.

—Pues mira... —dijo sonriendo para darse importancia—, a tu linda hermana se le ha ocurrido el regalo perfecto, el mejor. Pero es un regalo que tenemos que darle los dos juntos... Por eso, Tontaina, necesito que me des tu palabra de que vas a cooperar, y sobre todo, que no vas a preguntar nada hasta que llegue el momento.

Era cierto que lo de un regalo conjunto sería lo más celestial para mi padre, quien siempre nos pide que no peleemos, y disfruta tanto cuando jugamos los dos a lo mismo, aunque después podamos acabar peleando y discutiendo sobre cangrejos y escorpiones como manda nuestro instinto natural innato. Además, tenía que reconocer que mi bloqueo artístico en lo que tocaba a elegir regalos seguía atacándome con bastante severidad para mi edad, de modo que me rendí y acepté seguir su plan.

Una vez que mi hermana me hizo jurar varias veces que debía obedecerla ciegamente, nos fuimos a la escuela, porque en esta vida hay que seguir con la traidora rutina aunque uno tenga planes serios y estupendos para los regalos de su padre.

Esa misma tarde, aprovechando que él se volvía al trabajo y que mi madre estaba enfrascada en la cocina, mi hermana y yo nos escurrimos en silencio conspirador hasta nuestro cuarto y cerramos la puerta. Mientras hablábamos hacíamos monigotes en la pared. Desde que tuvimos conciencia para embadurnar colores sobre una superficie, aun antes de poder sostener un lápiz, nuestros padres nos han dejado pintarrajear todo lo que queramos en las paredes; siempre y cuando juremos solemnemente que ni una microscópica rayita va a salirse de nuestro cuarto en sus límites fisco-geográficos. Nuestro abuelo dice que estamos practicando

para no aburrirnos porque sabe muy bien que de grandes vamos a acabar fermentándonos en la prisión. Mi madre opina que nos sirve de terapia de relajamiento para todo el estrés acumulado de la niñez. Lo cierto es que poco a poco hemos ido rayoneando una obra muy artística y muralista que vendrán a aclamar e inmortalizar en las cámaras de sus teléfonos las futuras generaciones.

Como siempre que teníamos asuntos importantes que discutir, a mi hermana le había dado por dibujar caracoles Nautilus con grandes espirales y colores atigrados. Desde hace un tiempo los dibujaba por todas partes, yo creo que cuando sea adolescente y una calamidad para el planeta, se va a hacer un tatuaje de Nautilus en el tobillo y se irá a vivir a una ciudad junto al mar, donde abunden los escorpiones.

Yo acabé de dibujar mi versión 32 de la Monalisa, y como sentía que a partir de la 27 ya había superado con ventajas a la original, mejor cambié y me puse a bosquejar un dragón chino como yo sé que son de verdad los dragones chinos.

—La primera parte del plan te corresponde a ti, Tontaina —sentenció, dándome una palmada en el hombro—... ¡Vas a ser el héroe de papá!

“Qué maravilla”, pensaba yo entonces. ¡Necesitaba juntar todo el crédito posible hasta mi propio cumpleaños!

—De acuerdo zopencón, lo primero que necesito que hagas es que rompas tu alcancía...

En ese momento el corazón me dio un vuelco de origen nervioso y el crayón rojo se me rompió entre los dedos, dándole al ojo del dragón chino la impresión de una conjuntivitis sospechosamente severa.

—¡Por qué no la tuya! —grité desafiante—. ¡Además, a papá no le gustan los regalos comprados!—. Eso lo sabía ella también.

—No vamos a comprar el regalo, Tontaina... Pero necesitamos comprar algunas cosas para que nuestro regalo tenga el efecto magistral que necesitamos. ¡Ya sabes que yo no tengo dinero! Y además, prometiste cooperar, ¡Me diste *tu* palabra! ¡Niégalo, Tontaina!

Ya sabía yo que ella no tenía dinero porque se había gastado las semanas de ahorro de su vida en obsesiones pasajeras. Primero fueron moldes de yeso para pintar, de los libros de colorear pasó a libros probablemente incomprensibles. La última era un disco compacto que repetía todo el día con el fin de mandarme a algún manicomio musical.

—Bueno —dejé caer los hombros recordando que había dado mi palabra—..., todo sea por papá.

3

Mi alcancía era un burro negro con las patas blancas y media casi lo mismo que yo. Me lo gané en los dardos de una feria y pude ver que, desde el primer momento, mi madre lo odió abundantemente. Cuando lo traíamos a casa le echó todo su aborrecimiento materno encima porque apenas entraba en el coche y no le dejaba hueco libre en el espejo retrovisor. Tengo que admitir que era un poco feo porque lo habían tratado de hacer muy parecido a los burros de verdad y les había quedado con un estilo bastante antiestético, más parecido a un iguanodonte, pero en él planeaba yo ahorrar lo suficiente para pagarme la universidad o comprarme un batiscafo y explorar los arrecifes ultramarinos del fin del mundo.

Le pedí a mi hermana que me dejara solo porque tenía que explicarle a Don Ñetor.

—Ah, sí, Don Ñetor —dijo ella mirando al cielo, y yo me callé como siempre cuando la gente no se cree lo que digo y yo prefiero reírme por dentro y compadecer colosalmente a los que van por la vida sin darse cuenta de nada y no entienden un chucrut. Así estuve, callado, hasta que ella se dignó a salir del cuarto.

Entonces fui hasta la alcancía de burro y miré por la ranura. Casi de inmediato apareció el ojo de Don Ñetor. A él parece no importarle vivir en una casa tan pequeña, tan en forma de burro y tan odiada por mi madre, debido a que es muy codicioso y sólo piensa en estar cerca del dinero. A mí me insulta a cada rato porque según él no deposito monedas suficientes en la alcancía. Dice que le tocó en suerte un ahorrador miserable.

Le expliqué, con mi tacto característico, que teníamos que romper la alcancía hasta reducirla a probables astillas. La perspectiva de su vida en ese momento no le gustó en lo absoluto y aunque no podía verlo en el interior del burro, se le oía bastante afectado.

—¿Y para decirme eso has venido? ¿Y no has traído contigo siquiera una cochina moneda? ¡Despilfarrador, eso es lo que eres, no mereces más que mi desprecio! ¡Oh sí, la ruina es lo que te espera, haragán!... Aaanda, una moneda... ¿No tienes una moneda aunque sea con un brillo pequeñito?

—Lo siento... —la verdad no sabía cómo consolarlo.

A cambio de que recapacitara y lo dejara en paz, Don Ñetor me ofrecía como regalo para papá un broche de corbata de bronce con una piedra granate que avisaba mediante un pinchazo cada vez que uno iba a tomar una decisión incorrecta. Yo le agradecí e hice una reverencia de extremada delicadeza, pero me vi obligado a negarme porque mi hermana ya tenía ese otro plan perfecto para nuestro regalo.

Subimos el burro a la azotea para no alargar sus últimas horas de agonía. Mi hermana fingía con su frialdad de Escorpión que no escuchaba los gemidos de Don Ñetor, pero yo que soy Cáncer no podía evitar sentirme apenado y casi lloricoso.

Todavía no se metía el sol y a lo lejos se veían los volcanes. Después de un ritual bastante conmovedor dejamos caer al pobre burro los tres pisos y contemplamos cómo se despanzurró en el garaje. Mi hermana no se dio cuenta, pero yo pude ver que Don Ñetor sacudía su pequeño puño verde y su cara roja se contorsionaba para lanzar las últimas maldiciones en contra mía antes de escapar fuera del jardín sobándose la espalda, seguramente en busca de nuevas alcancías y cajas fuertes que habitar.

Entre la pedacería recogimos el único billete y las numerosas monedas.

—Qué raro, las monedas parecen muy viejas, ¿no?

Claro, estaban gastadas de tanto ser acariciadas por los dedos avariciosos de Don Ñetor. Tardamos un montón, en realidad no había sido tan mal ahorrador como me acusaba flagrantemente él. Pero ahora todo ese sudor monetario estaba invertido en el plan de mi hermana.

—Bueno, Tontaina, creo que será suficiente.

Yo no la escuchaba. Mis pensamientos de gran romántico estaban muy lejos: Adiós adiós a mi batiscafo con fondo de cristal, adiós a la universidad...

4

Esa noche tuve que levantarme dos veces para ponerle gotas contra la conjuntivitis al dragón chino. Después de todo, su mal era mi responsabilidad. Siempre me da algo de envidia mi hermana, que se duerme como a veinte mil leguas de sueño submarino en cuanto pone la cabeza en la almohada, mientras yo duermo con un ojo y con el otro no. Sentía un gran arranque nostálgico, y para acompañarme, los dibujos bailaban una danza bastante melancólica, desfilando de pared en pared. Con el poder telepático de mi temperamento les confié mi culpabilidad más bien amarga por la pérdida eterna del burro alcancía y Don Ñetor, su habitante. Además les pregunté muy discretamente si sabían algo acerca del plan de mi hermana, pero los malditos esbozos me ignoraron vilmente y siguieron con su carnaval de trazos de colores sin dignarse siquiera a mirarme. Estaba tan enojado que les juré que lo primero que haría por la mañana sería dibujarles una inundación catastrófica para que se ahogaran todos y cada uno. Pero para la mañana el coraje se me había pasado y no dibujé nada.

Al salir de la escuela, entre la acostumbrada gritería que celebra la llegada del fin de semana, mi hermana y yo caminamos juntos hasta el gran supermercado de La Esquina-Remota-Inmediata. Llamo así a esa esquina porque dependiendo de mi acumulación de cansancio parece estar a cientos de leguas, o a dos pasos de nuestra casa.

—¿No se te habrá olvidado el dinero, Tontaina? —me daba la cantaleta mi hermana mientras dejábamos las mochilas en la paquetería. Le mostré los bolsillos del pantalón y

la sudadera que estaban a reventar de monedas y empujando el carrito nos dirigimos en primer lugar a la sección de BAÑO.

—¡Necesitamos jabón! —tronó de pronto mi hermana y echó al fondo del carrito seis barras de jabón, cada una de una marca distinta, por si acaso importara.

—¡Champú de manzanilla tampoco viene mal! —vociferó después, dejando caer un bote al carrito—. ¡Una, dos, tres esponjas de baño!

A pesar de mis protestas eligió, además, una brocha de afeitar bastante cara que incluía un atomizador de espuma mentolada. También arrojó al fondo tres tubos de pasta de dientes sabor hierbabuena, una botellita de acetona y un enjuague bucal.

En el corredor sobre el que colgaba el letrero FARMACIA mi hermana se mostró especialmente entusiasmada.

—¡Alcohol para friccionar! Perfecto..., peróxido —leía en otra caja. Se hizo de un paquete de algodón y de un purgante cuya etiqueta decía: LIMPIEZA ESTOMACAL.

—¿Para qué compramos todo esto? En la casa ya hay todas estas cosas ¿No podíamos haberlas tomado prestadas? —pregunté con mi lógica demoledora.

—¡Qué! ¡De la casa...! ¿Tú te crees que mamá es tan tontaina como tú? ¡Se daría cuenta enseguida y la sorpresa —hizo una pausa—..., la sorpresa se iría por el caño! Además, diste *tu* palabra de no preguntar nada... ¿Es que vas a romper *tu* palabra...?

Me quedé callado para salvaguardar mi orgullo, pero no podía creer estar gastando los fondos de mi futuro en artículos de limpieza.

Luego tocó recorrer la sección CASA Y JARDÍN. Para ese punto mi hermana se había desatado por completo y la gente la miraba con franca sospecha, mientras ella gritaba y aullaba de felicidad con cada nuevo producto que añadía a la rejilla del carrito logrando que me pusiera como un camarón humillado de la vergüenza.

—¡Mira Tontaina! ¿Sabes leer? —decía y me ensartaba un bote en la nariz—. ¡Quitamanchas! Justo lo que necesitamos, ¿Cómo ves, será mejor el verde o el azul?

Y la pila seguía creciendo. De la sección AUTOMOTRIZ la fascinó el líquido limpiaparabrisas y la crema para encerar. Zumbaba el carrito de la compra por los pasillos empujado por mi hermana, que pizcaba aquí esponjas de sartenes y polvos lavaplatos, elegía allá una palangana familiar, cepillos para verduras, cepillos redondos y cepillos minúsculos para limpiar pipas. Me sorprendía su entusiasmo, porque normalmente en casa cuando mamá nos pedía que ayudáramos a limpiar algo, mi hermana protestaba con un talento probablemente cercano al mío. Pero esa tarde parecía que un bote para destapar drenajes era lo que más alegría podía darle en la vida. Con la excusa de ir al baño, me quedé un poco atrás y me escabullí un momento.

Me fui donde me voy siempre que en este tedioso supermercado consigo escurrirme un momento de mamá. Detrás de las verduras congeladas hay una puerta demasiado pequeña para un adulto, donde yo sé que vive Berta. Cuando nadie me miraba me colé adentro y cerré la puerta atrás de mí.

Berta es de mi tamaño, pero eso no le impide ser más vieja que la piedra fundadora más vieja que se conozca. Su vestido estaba algo más empolvado que en mi última visita, pero su cara se cubrió con las arrugas de una sonrisa en cuanto me vio acercarme. Otra vez me hizo dejar los zapatos en su

paquetería y me dio una ficha con el número 122 pintado en blanco.

—Mmmh. ¿Qué están comprando? ¿Tantas cosas para tallar y enjuagar y restregar...? ¿Tantos trapos y jabón para platos...? ¿También abrillantador para plata?

Berta siempre pregunta qué estamos comprando pero nunca me deja contestar y lo adivina todo. —Así que artillugios de limpieza, ¿eeh? Déjame ver qué puedo encontrar por aquí.... Ven —dijo arrugando aún más su gran nariz y poniéndose en marcha—. Sígueme, pasillo número 6.

A nuestro costado se alzaban altos estantes cuyo fin se perdía en la lejanía y la oscuridad. Algunos pasillos parecían invernaderos o dispensarios de herbología: había filas de plantas exóticas, enredaderas, sacos de semillas y distintos tipos de hierbas curativas. En otros se amontonaban jaulas pequeñas y jaulas grandes cuyo interior no podía ver, pero desde las que se escuchaban cacareos, berridos, bufidos, trinos. Otra parte parecía una biblioteca: series de pasillos atiborrados de libros empolvados de todo tamaño y grosor. Otra un gran trastero o una tienda de antigüedades: copas llenas de joyas coloridas, escudos, estatuas y espejos de toda proporción. Se escuchaba el eco constante de una gotera.

—Seis, aquí es —anunció al llegar a un pasaje saturado de miles de frascos de colores: matraces, tubos de destilación, crisoles botellitas cónicas, redondas, cuadradas.

—Elige bien —dijo la vieja. Yo percibía de reojo que algo lechoso se movía en el interior diáfano de los recipientes, pero en cuanto miraba de frente sólo quedaba la célebre nariz de mi reflejo.

Tanta era la variedad que sentía que la cabeza me daba vueltas. ¿Qué tal que elegía mal?

—Mmmmh. No puedo —confesé.

—¿Otra vez? —se burló ella consoladoramente.

—Otra vez.

—Bueno, suele pasar. ¿Qué tal éste? —musitó en un hilo de voz Berta y dio una fuerte patada que hizo temblar toda la estantería. Cuando el temblor se apaciguó, de la parte más alta cayó una ampolleta muy pequeña y un gotero de oro que ella atrapó con esa mano parecida a una garra de buitre. La extendió hacia mí, y me invitó a seguirla a la caja registradora. Miré la ampolleta: en su superficie translúcida se arremolinaban y trenzaban hilos de líquido verde y violeta sobre un fluido ambarino.

—Bien, ¿cuánto va a ser esta vez, mi señora Berta? —pregunté yo al ver que aplastaba una tecla y se abría el cajón de su caja.

—Quince con veinticinco. Ni menos ni más.

—¡Quince! ¡Válgame! —dije como dice mi madre a las cajeras cuando algo le parece muy caro.

—Es lo mejor de lo mejor. Y viene muy concentrado...

—Me sigue pareciendo escandaloso —continué imitando a mi madre con sus quejas sobre la inflación, pero lo mismo que a ella le pasa invariablemente, no me quedó más remedio que pagar. Me arranqué uno a uno quince pelos de la nuca con gran miedo a la calvicie y uno de una ceja para completar.

La vieja Berta guardó los quince pelos en un compartimiento del cajón y la ceja en otro.

—Es una buena ceja. Hay que dar cambio... —dijo, y sin más se arrancó una cana de la oreja y me la ofreció como vuelto. No era muy bonita, pero para ser cortés me la guardé en el calcetín junto con la ampolleta y el gotero, a falta de espacio en los bolsillos.

Luego, Berta se frotó las manos y sonrió satisfecha, desplegando otra vez su mapa de arrugas.

—Un placer hacer negocios contigo, chico guapo. ¿Y dices que es cumpleaños de tu padre?

Yo asentí.

—¿No querrás llevarte algo libre de cargo? Digo, para darle un buen regalo solo de tu parte...

Y me ofreció un champú que convertía las canas en plata de verdad. Mi padre, que desde los treinta tiene el pelo gris tirando a blanco, se hubiera hecho millonario de escándalo en un santiamén, pero le expliqué que mi hermana tenía ya el plan más perfecto en la faz del universo para hacerle pasar a mi papá un cumpleaños de bienaventuranza, dicha y todo eso, e hice una caravana de agradecimiento bastante acrobática para rehusar con estilo el champú.

Finalmente me despedí de Berta, me calcé los zapatos y salí de vuelta a buscar a mi hermana, esperando que no hubiera atropellado con el carrito a un ningún incauto probablemente inocente.

—¡Tontaina! ¡Dónde has estado! —me espetó en cuanto me vio—. ¿Tienes el dinero? ¡Rápido, a las cajas!

Yo rogaba con todas mis amígdalas que no nos tocara la caja número 5, pero por esa ley del destino que me tiene manía, tocó que entre las colas que le daban cinco vueltas al mundo, la caja número 5 fuera justo la que estaba vacía. Yo sé que el cajero de la 5 es un vampiro, aunque los otros no quieran darse cuenta. Y cuando escanea los códigos de barras de la compra, si acaso llegas a llevar una curita en el codo o un piquete de zancudo en el cuello, te mira y se ve que comienza a salivar con inmediata asquerosidad. Pero por más que le expliqué todas estas razones tan sensatas para prolongar nuestra supervivencia, mi hermana vertió

sin más el contenido del carrito entero en la banda de goma de la caja 5. En seguida, el vampiro nos miró como si fuéramos dos filetes Mignon, mientras escaneaba con lentitud geológica uno a uno los productos y comentaba muy casual:

—Vaya con lo limpios que son estos niños, ¿eeh? ¿Seguro que no olvidaron algún blanqueador? —hasta que mi hermana que no tiene barbas en la lengua le soltó:

—¡Pues para vampiro, vaya que es usted un cajero bastante lento!

Con lo que al cajero se le subieron los colores por sobre la palidez habitual y empezó a escanear a una velocidad de olimpiada de cajeros en relevos. Y cuando mi hermana entregaba por fin y para siempre los ahorros de mi vida sedentaria, no satisfecha, le dejó caer una de las frases de mamá (ya se ve que es algo de familia):

—¡Qué precios de escándalo! ¡Hay que ver a dónde vamos a parar!

Al salir no pude evitar que me atacara de nuevo mi trauma de características paranoicas y preferí no mirar al guardia a los ojos, porque tiene unos de esos ojos que te desnudan de una sola mirada. Mi trauma, claro, consiste en el temor a que vaya a sonar la alarma detectando todos los potingues y menjunjes mágicos que compro tan seguido en la trastienda de Berta.

De camino a la casa discutimos si el cajero se había callado porque estaba ofendido de que lo hubiéramos insultado llamándolo vampiro, como opinaba mi hermana con su dictamen empecinado, o si se había asustado al ver su vampirismo descubierto en pleno súper, como era mi opinión. Yo temía, además, que se le antojara venir a la casa de noche para chuparse a dos mocosos entrometidos y no estaba

tranquilo. Por si acaso, todavía a tiempo regresé veloz al departamento de verduras, me hice de dos poderosísimos ajos y los pagué con mis últimas monedas lo más alejado posible de la caja número 5.

5

La compra había resultado tan cansada que dormimos más serenos que dos montañas que se están quietas, y más profundo que el diccionario de filosofía de mi papá. Ni vino el vampiro a cobrarse su venganza ni el dragón conjuntivítico me molestó con lo de las gotas. Y si acaso vinieron, en esa noche de buen sueño no me enteré un chucrut.

Por fin se había desencadenado el sábado y el sol que entraba por la ventana hacía sentir de verdad que era día de cumpleaños. Y aunque no era el mío, tenía que reconocer que el suspenso del plan de mi hermana me tenía tan entusiasmado casi como si lo fuera. En el desayuno felicitamos blandenguentemente a mi papá, como si nos importase un comino berenjenero su cumpleaños, porque si de disimular se trata mi hermana y yo somos los virtuosos de la disimulación compleja, y seguro que papá sintió más fuerte que nunca esa crisis de los cuarenta tan peligrosa. Nosotros prolongábamos el disimulo porque sabíamos que lo que más le gusta a mi papá además de mi mamá, es comer bien y abundante, y que pronto él con su crisis, y mamá con sus quejas sobre la inflación contra los cajeros, iban a ir al mercado a comprar todo lo necesario para una decente comida de cumpleaños. Tratándose de mi madre, una buena comida de cumpleaños equivalía a una probable bacanal de bárbaros en todo lo alto, y para nosotros, que salieran unas horas significaba la ocasión perfecta para poner en práctica nuestro plan.

Sacamos la compra del clóset y, según instrucciones de mi hermana, llevamos todo al piso de abajo. Mientras yo sacaba las cosas de las bolsas en la sala, mi hermana vaciaba las

repisas de la colección de viejos discos de acetato de papá y los apilaba en montones de distinta altura como si fuéramos a jugar a las torres de asedio.

Entonces, justo en ese momento, con mi poderío mental vi la luz y entendí todo de golpe. Tenía que admitir que para venir de mi hermana, la idea no parecía mala. Los dos sabíamos que lo que más quiere mi padre después de mamá, y después de una buena comilona, es su colección de discos. A mi papá todo eso de los mp3 y la música en internet y en el teléfono le parece una deshonra ultrajante y mortífera. Tolera los Cds y nos regala uno de cuando en cuando, pero lo que lo vuelve un verdadero perturbado sinfónico es su colección de discos grandes de acetato negro, esos que se vendían antes de que yo naciera y que suenan siempre a viejos aunque sean nuevos. Probablemente, mi papá tiene la colección más grande del hemisferio y si lo supieran, seguro que las radios de varios países vecinos le pedirían continuamente uno que otro ejemplar para ponerlo en las noches calurosas. Me acordé de que mi hermana y yo siempre habíamos visto con admiración cómo cada vez que quería escuchar uno, mi padre tenía que limpiar pacientemente con el dorso de la mano esa gran capa de polvo de la superficie. ¡El polvo estaba arruinando su colección!, y por eso estuve de acuerdo con la idea de mi hermana de limpiar cada disco hasta que echara chispas negras de acetato. Tomando en cuenta las capacidades limitadas de mi hermana, la idea era casi brillante.

Llenamos la palangana con agua y a la orden de ¡ahora! vertimos en ella largos listones rosados de pasta de dientes y un chorro azul de líquido limpiaparabrisas. Ayudándose de un pelapapas, mi hermana sacaba mondas finas de los tres jabones que se disolvían poco a poco en el agua. Al agua también fueron a parar la espuma de rasurar de mentol, un betún limpiabotas beige, champú antipulgas y dos litros de quitamanchas para alfombra. Volaron la tapa del alcohol y

de la acetona, los envoltorios de tal y cual y aquél y este nuevo producto, hasta que el agua adquirió un color verde de una intensidad algo radiactiva y en la superficie empezó a extenderse una capa de espuma que siseaba de manera bastante perceptible. Cuando ya había echado de todo, mi hermana parecía seguir con dudas:

—Mmmh. No se ve lo suficientemente potente. ¡Hay mucho polvo que limpiar! —se puso en cuclillas y meditó un momento como el entrenador de un equipo de fútbol que pierde 1-0—. ¡Ya sé!

A los dos segundos volvía de la cocina con una copa de cristal en las que mi mamá toma su coñac. Luego me explicó lo que quería de mí como si yo no entendiera el idioma oficial:

—Vaaas a subiiir al estudio de papááá y vaaas a tomar prestada una copiiiiita del líquido transpareeeente que usa para diluuiir la pintura, sóóólo una copita, ¿enteeeeendeeees?

—¿Quieres decir aguarrás? —otros niños crecen con el olor de los libros, nosotros crecimos con el olor del aguarrás y el aceite de linaza, y los conocíamos bien.

—Ah, ¿sabías el nombre, Tontaina? ¡Exacto! Aguarrás. Luego vas a entrar al cuarto de la ropa sucia y a traer el detergente y una toalla. ¡Tenemos que secar todo al final!

Tragué saliva. No me gusta ir solo al cuarto de la ropa sucia porque aunque todos dicen que es cosa mía, yo sé bien que ahí, entre la ropa acumulada en la semana vive la Vieja de la Ropa Sucia con su bombín pasado de moda y esos ojos amarillos que relampaguean y me ponen los pelos de punta. Pero me aguanté con despiadado rigor infantil porque ya había dado mi palabra y subí.

Es fácil distinguir el aguarrás del aceite de linaza porque uno es espeso y amarillo y el otro transparente, y uno huele bien y el otro a los mil demonios. Llené la copita y con todo

el valor que se derribaba a cada sacudida de mi corazón, entré al cuarto de la ropa sucia. Adentro había poca luz y encendí el interruptor eléctrico. No tardé en encontrar el detergente, pero para mi desgracia no quedaba ninguna toalla lavada, lo que sólo podía querer decir que tendría que esculcar en el cesto de la ropa sucia.

Rápidamente, derribé con el pie la tapa del grande y pesado cesto. Sobresaliendo entre el revoltijo vi asomar la esquina de una toalla. Acerqué cautelosamente una mano y tiré de ella con violencia de alto calibre. La toalla hizo saltar tres calzones de mi madre, el pijama manchado de mango de mi hermana y ahí, justo entre un delantal de cocina y un mantel aparecieron los ojos destellantes de La Vieja. Estaban fijos en mí.

Muy pero muy lentamente, devolví todo al cesto teniendo cuidado de no taparle los ojos, ni tirarle el bombín porque sé que La Vieja no lo soporta. Y yo lo que soporto menos que sus ojos áureos escalofriantes, es su voz. Y para no tener que escucharla he intentado siempre de ensuciar mi ropa lo menos posible en mi mísera vida infantil y evitar así ir a ese rincón de la casa donde vive. Cuando no me queda más remedio voy entre las 7 y 8 que es cuando suele estar dormida, dejo mi ropa cautelosamente en el cesto y salgo corriendo como un relámpago. Pero esta vez no tuve suerte y el escalofrío con que me atravesó su horrible voz me recordó la caída de una hilera de fichas de dominó.

—No me gusta verte por aquí, no me gusta que me mires, no me gustan tus camisetas limpias, algún día saldré del cesto para darte una lección —bramó la Vieja desde adentro del cesto—... Pero ese padre tuyo..., ensucia tantas camisas, y los pañuelos... Me gusta. No es mala persona como tú... Sí, merece un buen regalo de cumpleaños... —sentenció, y de entre los camisones de mi madre salió una mano pálida de uñas grises que empuñaba un pincel.

La Vieja de la Ropa Sucia me explicó con su chillido intolerable que con aquel pincel se podía reparar no sólo dibujos y pinturas que salieran mal, sino tazas que se rompieran o cualquier otro desperfecto en un abrir y cerrar de ojos. Yo le agradecí, pero le expliqué lo más rápido que pude que ya habíamos elegido como regalo aquella gran idea de mi hermana, luego hice una caravana de lo más elegante, y tapé el cesto de la ropa sucia cuando la Vieja ya estaba abriendo otra vez la boca para protestar. Todavía con el último escalofrío de esos ojos en la mente, bajé corriendo a reunirme con mi hermana.

—¡Qué tanto hacías allá arriba, Tontaina! ¿No ves que no tenemos tiempo? —mi hermana me arrebató la copita de aguarrás para arrojarla a la pócima limpiadora. A continuación tomó el primer disco de la pila, mojó la brocha de afeitar en el menjurje y lo distribuyó por la oscura superficie del disco. Después, sostuvo el cepillo de verduras y talló bien por ambas caras. Lo enjuagó en la palangana mientras yo esperaba con la toalla lista para secarlo. Las marcas del cepillo en el acetato daban la impresión de que el disco había sido manipulado por un dragón de Komodo, pero lo que era limpio, estaba limpiísimo. Repetimos la operación con otros cinco discos, hasta que mi hermana murmuró con desilusión:

—Esto nos va a llevar siglos, para cuando terminemos con el último yo tendré una larga barba blanca y tú dos jorobas —quise protestar por la distribución de barbas y jorobas, pero sin darme tiempo ella se levantó de un salto—... ¡Hay que agilizar el asunto!

Sin tener en cuenta que yo pudiera quedar sepultado y damnificado severamente en medio de los escombros, comenzó a derribar una a una de un puntapié las torres de discos.

—Haz lo mismo que yo, Tontaina —dijo tronando los dedos. Empezó sacando los discos de sus fundas y fue regándolos por todo el suelo. Yo la imitaba distribuyéndolos por la alfombra de la sala y el mosaico de la cocina hasta que toda la planta baja de la casa, desde la puerta de entrada hasta la trasera, estuvo forrada de círculos negros con círculos de colores más pequeños en su centro como en un gran tapiz de lunares a Gogo.

Luego, ante mi secreta admiración, mi hermana se arregló por igual pantalones y camisa. Se sacó los zapatos, les quitó las agujetas, y con ellas se ató una esponja de baño en la mano izquierda y otra de cocina en la derecha. Como si fueran patines de hielo, se enfundó el asa de dos cepillos en cada pie.

—¿Qué tal me veo?

—No está mal— dije ocultando mi emoción. Se veía genial.

Mi hermana sumergió entonces alternadamente piernas y brazos en el líquido de la palangana y ya iba a lanzarse sobre el tapete de discos, cuando me acordé.

—¡Espera! —grité—, casi se me olvida algo...

En menos de lo que dices “chucrut” tenía afuera del calcetín la ampolleta y el gotero de Berta.

—¿Robaste del súper una ampolleta de vitaminas? —me interrogó, y yo, para defender mi honor de ciudadano le conté todo acerca de Berta. Su respuesta bestial fue brindarme un zape en la nuca, mientras decía:

—Ay Tontaina, Tontaina. Bueno, no le puede venir mal, échalo a la mezcla.

Vertí gota a la sustancia irisada sobre el agua jabonosa hasta que la ampolleta quedó vacía. De inmediato en el líquido

comenzaron a formarse remolinos de colores misteriosos hasta para un colorista de mi talla. Fue entonces cuando la espuma comenzó a desbordarse por todas partes como leche hirviendo, incluso nos parecía que olía a chocolate y a vainilla. Para cuando el líquido dejó de borbotar, la alfombra de espuma se extendía por todas partes como un probable paisaje del ártico de tarjeta postal. Sólo que sobre las cimas y hondonadas de nieve de las postales no hay más que el cielo azul, y sobre el paisaje de espuma vertida de nuestra planta baja se levantaban flotando tropecientos de montones de burbujas. Burbujas en cuya superficie parecía que se estaba derritiendo un arcoíris.

Los dos dimos un grito salvaje y nos pusimos en acción. Recorrimos el sembradío musical de discos de mi padre patinando sobre la espuma como dos campeones rusos de las olimpiadas de Pieongchang, haciendo saltos múltiples y piruetas mortales y bueno, yéndonos de boca también en más de una ocasión. No tardamos en estar gravemente empapados de los pies a la cabeza, pero eso no podía detenernos: nos quitamos la ropa mojada y nos pusimos manos a la obra de inmediato, faltaban todavía demasiados discos por lavar.

Impulsadas por el brío nuestro patinaje, las burbujas empezaron a invadir frenéticamente la sala. Y pasaba algo muy raro: cada vez que una se reventaba en el aire, dejaba escuchar la música del disco de donde acababa de desprenderse. No pasó mucho tiempo antes de que en la casa entera flotara también una sinfonía disparatada de jirones de grandes éxitos de mi papá. Reconocíamos cada una de las melodías con las que nos torturaba en las comidas familiares... Música brasileña y de la India, música en inglés, en español y francés, flamenco, tango, chachachá.

Para poner elegantemente la cereza en el pastel y como nos considerábamos extensamente modernos, decidimos lavar también los discos compactos de papá y para ello los metimos

todos de sopetón al lavavajillas, echamos en él todos los restos de líquidos que nos quedaban y lo conectamos a la máxima potencia.

Mi hermana y yo gritábamos de felicidad arrojando los acetatos por los aires y haciendo atrapadas bastante épicas para aterrizar en el colchón de espuma, que nos hacía cosquillas sobre la piel. Pero de pronto todo acabó. En un instante muy pero muy corto, de golpe la música cesó, los colores se esfumaron y las burbujas desaparecieron como si nunca hubieran existido. Porque la puerta de la calle estaba abierta y, enmarcado en ella, había aparecido mi padre con aproximadamente veinte bolsas del mercado en los brazos y una de papas entre los dientes.

Al verlo, mi hermana y yo berreamos a coro y con bastante sincronización:

—¡FELIZ CUMPLEAÑOS, PÁÁÁ!

Primero pensé que mi padre se había quedado mudo por habernos sorprendido casi encuerados en plena tarea, o que se sentía culpable de haber arruinado la sorpresa, ya que no nos había dado tiempo de recoger el tiradero y en el suelo estaban todavía regados sus discos entre la espuma, nuestras huellas, los Scotch-Brites mojados y todo el resto del maremágnun que nos delataba como más que probables autores intelectuales y autores no intelectuales de aquel genial regalo. Pobre: de la emoción empezó a llorar en silencio. Las lágrimas le corrían por detrás de la bolsa de papas.

Pero mi papá seguía mirando sus discos regados por el suelo de la casa como si fueran un cráter del Cenozoico. Y cuando se le cayeron todas juntas las veinte bolsas del mercado y los dientes perforaron el plástico de la bolsa de papas, me di cuenta casi a tiempo del peligro de esa mirada: la plena mirada de la crisis de los cuarenta.

La torpe y aturdida de mi hermana, que tarda siempre en comprender cuando de plano uno debe quedarse en mutis como yo hago tan bien frente al anuncio de tormenta, todavía alcanzó a levantar los brazos y gritar:

—¡FELICIDADEEEEEEEEEEEEEES!

Mi papá me arrebató un disco de un tal Marin Marais y a mi hermana uno de Brahms, luego subió a nuestro cuarto y gobernado por la locura de la crisis, juntó todos nuestros discos compactos y los de mamá, los unió a su colección recién lavada y al radio de la cocina, y salió con un gran saco a las espaldas que tiró despiadadamente en el contenedor de basura de la cuadra. Todavía con la cara de crisis de los cuarenta bastante severa dijo que nadie en esa familia iba a escuchar música nunca más y subió a su estudio, supongo que a pintarrajear la pared como terapia. Mi mamá nos dio un bofetón, menos como castigo que para hacer que dejáramos de llorar y nos arrastró a nuestro cuarto, agregando en el camino que cuando terminara de limpiar nuestro “chiste” volvería para darnos la regañada bestial que merecíamos. Los ojos de reptil mortífero, que se le ponen en ocasiones como ésa, superan en depredación a los de la Vieja de la Ropa Sucia y, en varios niveles de aviso de desgracia, a los de papá. Cada uno en su rincón, mi hermana y yo llorábamos con la indignación de los genios incomprendidos, culpándonos mutuamente del desastre y esperando nuestra condena.

6

Se suponía que aquél debía haber sido un día de fiesta estupendo, que íbamos a pasarlo hasta la noche riendo, comiendo pastel, y viendo películas sin que nadie se preocupara de mandar a dormir a nadie antes de las 10:55. Ahora nos encontrábamos en calidad de vulgares prisioneros en nuestro cuarto y con serias improbabilidades de comer algo antes de mandarnos a dormir. Con sus lamentos, mi padre seguramente se había perdido para siempre de los secretos milenarios y exclusivos del día de su cumpleaños. Nada de luna en el reflejo, nada de viento embolsado, nada.

Mi hermana seguía llorando y si yo mismo ya no armaba un escándalo y una pataleta tremenda era porque ya tenía un ensayo mental de cómo, en cuanto se abriera la puerta para que mamá viniera a probablemente crucificarnos, iba a ponerme de rodillas para representar un papel estelar de víctima, y a explicar de manera cristalina que la culpa de todo la tenía la ocurrente de su hija primogénita con sus ideas brillantes y sus grandes consejos. Mi único crimen, diría, era no acordarme que sus planes idiotas acababan siempre mal. Pero mamá no nos crucificó verbalmente, ni ese día ni el siguiente, sino que nos sometió por dos semanas a una cruel ley del hielo y a una reclusión vespertina bastante autoritaria tras las comidas, en ese cuarto nuestro que hacía de Alcatraz. Y eso resultó peor que la crucifixión. Eso significó que se cumpliera el peor de mis temores. Nada más y nada menos que pasar MI cumpleaños, MI cumpleaños, el más importante de todos los cumpleaños planetarios, recluso en el más vil recogimiento y claro, sin goce de regalos. Estaba tan furioso y triste que, al igual que a mi padre, se me

escaparon todos los secretos del universo que me tocaban ese día. A mi hermana y a mí ni siquiera la terapia de dibujar en los muros nos sirvió para firmar la paz durante nuestra condena. Estaba tan furioso y triste que se me escaparon todos los secretos del universo que me hubieran podido tocar ese día.

Por fin, después de tres semanas de aislamiento (mi padre añadió una semana más al martirio al descubrir debajo de la cómoda un disco de Toña la Negra bastante deteriorado que se le había escapado en su onomástico), la cólera de mis papás fue amainando hasta autodestruirse completamente como una aspirina que por fin acaba de disolverse en el vaso. Y creo que también algo de la crisis de mi papá se disolvió tras el enojo, porque después de darnos un discurso bastante confuso sobre que “el respeto al disco ajeno es la paz”, por algún extraño motivo, nos pidió perdón y nos abrazó conmovido, agradeciéndonos por (como el la llamó) la “tentativa” de regalo. Por la tarde nos llevó a todos a comprar un radio para la cocina, y un disco nuevo para nuestra primera etapa de nuestra segunda vida musical.

Yo también fui humanitario y benevolente y perdoné a mi hermana de sufrir mi odio eterno. Mamá volvió a su natural buen humor, en parte también porque según ella gracias a nuestra inundación dejaron de aparecer migajas o cagarrutas tiradas en su templo culinario: los ratones, dijo, se habían ahogado o se habían ido a saquear a los vecinos.

Eso cree ella. Pero yo sé lo que ocurrió en realidad:

Una noche que no podía dormir escuché otra vez ruidos sospechosos en el piso de abajo. Armado con mi resortera merodeé en picada los escalones hasta la cocina y comprobé que los ruidos venían de la trampa secreta detrás del refrigerador que había preparado hacía unos días con mantequilla de cacahuete. La mantequilla de cacahuete es infalible.

Papá ya tuvo su tentativa de regalo, así que no creo que le moleste mucho que al final me quede al basilisco en secreto solo para mí. Lo tengo escondido en el clóset del garaje donde no se le ocurra mirar a mi hermana: detrás de las cajas de zapatos en las que guardo mis dibujos frustrados. Le doy un poco de comida cada noche y cuando no hay nadie cerca, lo dejo que dé un paseo para que estire las alas. Estoy esperando con ansias astronómicas a que empolle los huevos.

FIN

SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero

SECRETARIA DE CULTURA

Natalia Toledo Paz

SUBSECRETARIA DE DIVERSIDAD CULTURAL Y
FOMENTO A LA LECTURA

Marina Núñez Bepalova

SUBSECRETARIA DE DESARROLLO CULTURAL

Omar Monroy Rodríguez

TITULAR DE LA UNIDAD DE ADMINISTRACIÓN Y FINANZAS

Esther Hernández Torres

DIRECTORA GENERAL DE VINCULACIÓN CULTURAL

Jesús Antonio Rodríguez Aguirre

COORDINADOR NACIONAL DE DESARROLLO CULTURAL INFANTIL

Esta primera edición de *Tontaina*, escrito por Juan Pablo Gázquez, se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 2020 en los talleres de Ediciones Corunda, S.A. de C.V.
El tiraje fue de mil ejemplares.



narrativa

Tontaina es un niño que busca junto con su hermana mayor el mejor regalo para su padre, que está en plena crisis de los 40. Tontaina sabe que en la vida cotidiana siempre es posible la aparición de la magia, ¿o debe decirse imaginación?

Colección Alas de Lagartija

Ilustración de portada realizada con el apoyo del Programa de Interacción Cultural y Social (PICS) del Fonca (Sistema de apoyos a la creación y a proyectos culturales).

Esta publicación es de distribución gratuita, ajena a cualquier partido político, queda prohibida su venta.



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

DIRECCIÓN GENERAL
VINCULACIÓN CULTURAL

alas  raíces



FONCA